

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Sermon de Sexagésima.

(Conclusion.)

Cuando ponemos los ojos en el campo de las almas para enterarnos de los pensamientos, del lenguaje y de las acciones humanas, y vemos lo que se dice, y lo que se busca, lo que hacen, y lo que aman la mayoría de las gentes, retiramos la vista con espanto, y lágrimas de sangre asoman á la pupila de nuestros ojos. Pensamientos de vanidad, y de soberbia, palabras perversas, conversaciones libertinas, contrarias á la moralidad, á la cultura civil y á la decencia cristiana, pecados y obras de pecado, espectáculos y diversiones donde triunfa la desvergüenza y de donde la virtud huye avergonzada; la codicia que todo lo arrolla, y la sensualidad que todo lo deforma, y lo

sacrificia todo en aras del ídolo inmundo de la carne: hé aquí algunos rasgos de ese cuadro sombrío y aterrador que ofrece á á nuestra vista el estado de nuestras costumbres. No hay elocuencia capaz de pintar en toda su deformidad los estragos de la seducción causados en los pueblos cristianos.

Abundan las víctimas y son innumerables los esclavos de la palabra humana, vendida al padre de la seducción. ¿No veis lo que sucede entre nosotros? Audaces sembradores, salidos del campo de la herejía, hánse presentado en el campo de la Iglesia y á la sombra de una legalidad funesta, propagan entre las gentes semillas de perdición, diciendo:— Romped los lazos de la fé que os apriosan.—Vuestra razon es soberana, libre vuestro pensamien-

to, libre vuestra conciencia. — Disfrutad las preciosas conquistas del espíritu moderno, y apartaos con soberano desprecio de la tribuna del Sacerdote, enemigo implacable del progreso, de las luces y de la libertad.

Hé aquí las doctrinas que se esparcen diariamente en los pueblos cristianos; hé aquí el alimento que se ofrece diariamente á las inteligencias por medio de la novela, el folleto y el periódico. ¿Y cuáles son los frutos de esta semilla funesta? ¡Ah! En el orden individual, entendimientos oscurecidos por el error y la herejía, conciencias esclavizadas por el pecado, hombres que odian al Sacerdote, y desprecian su palabra, al paso que creen ciegamente á su periódico; que ponen su inteligencia y su corazón á los pies de un periodista sin honor, sin conciencia, sin Dios. En el orden social ¿cuáles son los frutos de la palabra humana, emancipada de la palabra divina? ¡Ah! Yo no lo sé: Bástaos levantar la vista y mirar al horizonte: al paso que se precipitan los sucesos; á juzgar por los huracanados vientos que soplan de todas partes, no está lejos la tempestad, preñada de elementos destructores que amenazan convertir en árido desierto el campo florido de una

sociedad insensata y criminal. Solo puede salvarla el catolicismo. No hay otra luz que pueda iluminar el oscurísimo caos del mundo moderno, sino la palabra católica; no hay poder que baste á arrancar la sociedad de los brazos de la muerte si no el poder de la palabra de Dios, aquella palabra que dijo: *Hágase la luz, y la luz fué hecha*, despejando con sus vívidos resplandores las espesas tinieblas que cubrían la faz de la tierra; aquella palabra que dijo: *Hágase la tierra*; y del seno infecundo de la nada brotó la tierra con sus ricas y variadas producciones. Escuchad con dócil oído esta palabra que es luz para vuestros pies, antorcha resplandiente para vuestro entendimiento, manjar sabroso de vuestro espíritu, saludable medicina de vuestras dolencias, consuelo de vuestras angustias, y camino seguro para la bienaventuranza, porque escrito está: Bienaventurados los que oyen y practican la palabra de Dios.

Escrito está que la palabra de Dios es luminosa para los ojos del alma. Así como el rayo solar, apenas el astro del día se presenta en el horizonte, ilumina toda la tierra, el rayo de la divina palabra que procede del foco de toda luz, de Jesucristo Nuestro

Señor, sol eterno de las inteligencias y de los corazones, ilumina las almas con maravillosa doctrina y hace germinar en ellas virtudes hermosas que son en esta vida manantial inagotable de purísimo deleite y segura garantía de eterna ventura en la pátria de los escogidos. Por eso dice San Bernardino en su Evangelio eterno que el mundo de las almas sin la palabra de Dios sería lo mismo que el mundo de los cuerpos sin los rayos del sol. ¿Por qué hay tanta ignorancia de la ciencia religiosa, del dogma y de la moral, de los pecados y de las virtudes, de las enfermedades morales y de las medicinas de la redención? ¿Por qué hay tan poca fé ó se muestra tan débil, enferma y vacilante? Porque no se oye la palabra divina, porque no venís a recoger de los lábios del sacerdote que es doctor, médico y maestro de la única ciencia que ilustra el entendimiento, que sana el corazón y salva la vida del alma ¿Por qué sube de puuto la corrupción y se levantan erguidos todos los vicios? Porque no se oye la palabra divina que es viva y eficaz y mas penetrante que espada de dos filos y llega hasta la división del alma y del espíritu. No quieren oír la palabra de Dios el sábio

presuntuoso, el libertino, el avaro, el lascivo, el jóven licenciado, y cuantos viven olvidados de Dios, de su conciencia, y del negocio de su salvación. Pues bien; yo os digo que si ahora no queréis escuchar esta palabra divina cuando suena tan dulcemente en vuestros oídos, cuando es mas suave que el sonido de la cítara, y mas fresca que la brisa de la mañana y mas tierna que el acento del amor y mas compasiva que el corazón del samaritano; si no venís á escuchar la palabra de Jesucristo ahora que os convida con la misericordia y el perdón, día vendrá y no tardará en que oiréis no palabra de Padre que perdona, sino palabra de Juez que pide cuenta de las gracias, de las predicaciones, de los avisos, de los llamamientos y de todos los medios que puso en nuestras manos para que trabajéis en vuestra salvación. A los que oyen y practican la palabra de Dios, está prometida la vida bienaventurada que os deseo de corazón, Amen.

Z. M.

VARIEDADES.

El Sargento Franck.

I

El cólera había invadido inesperada-

mente la villa de..... y hacia en ella estragos horribos. Ensañábase, sobre todo, en los barrios pobres, habitados por los obreros; en las calles estrechas y llenas de lodo, cuyas casas bajas, mal ventiladas, apiñadas las unas contra las otras, sin jardín y aún sin patio, por lo comun, ofrecian el medio más favorable para su obra de devastacion: y la llevaban á cabo sin trégua y sin misericordia. Todas las mañanas paseaba lentamente una carreta aquellas calles silenciosas; de algunas casas se hacia una seña al conductor, la carreta se detenía un momento, y bien pronto aparecia por la puerta abierta un pobre ataud, formado de tabla sin pintar: lo cargaban, sin hablar palabra, en la carreta, y esta continuaba su camino al paso. Un poco más lejos, otra seña al conductor, y otro ataud; y así continuamente hasta que la carreta estaba llena. Ataúdes de niños, ataúdes de ancianos, ataúdes de jóvenes... todos iban, chocando entre sí al saltar las ruedas sobre las piedras desiguales del pavimento, hasta el cementerio en que se los amontonaba de prisa, en la inmensa fosa comun siempre abierta.

Más tarde, al anochecer, la siniestra carreta volvía á dar la misma vuelta, y se llevaba el mismo cargamento de victimas.

Nadie lloraba; el espanto habia secado las lágrimas! Reinaba en todas partes una desesperacion sombría, sin llanto y sin gritos, pero llena de terrores y amarguras, jera el silencio de los muertos en medio de los vivos!

En una de aquellas viviendas miserables, habitaba una familia de obreros.

El padre, herido el primero al volver de su trabajo habia muerto en pocas horas..... despues, un hijo de quince años... despues una hija de trece... otro hijo de diez años espiraba casi al mismo tiempo que ella... la madre los habia amortajado á todos por sí misma, y habia ayudado á colocarles en la espantosa carreta...

Le quedaba una niña de tres años y un niño de siete... el pequeño Pedro... el mas hermoso de todos. Cuando el último de los muertos hubo partido, su madre le dijo:

—Vé, pobrecito mio, vé á pedir limosna para los tres por toda la villa: dí que tu padre ha muerto, y tu hermana, y tus dos hermanos... que no te queda mas que tu madre y una hermanita pequeña, que no tienen nada. Tendrán sin duda compasion de tí hijo mio... Vé, en los otros barrios no se muere... Vé pobrecito mio... Abrazó una vez mas al niño, y éste partió.

Pedro anduvo todo el dia pidiendo limosna á cuantos encontraba: cuando llegó la noche, dichoso al ver que habia recogido algunas monedas de cobre, que sonaba alegremente en sus manos, corrió hácia su casa. Empujó la puerta entreabierta y gritó:

—¡Mamá mamá!... Nadie le respondió... el cuarto en que vivian estaba vacío.... Gritó de nuevo con más fuerza: ¡Mamá, mamá!... Nada... Subió al otro piso: no habia nadie en toda la casa... En tónces el pobre niño tuvo miedo de aquella soledad: se refugio en un rincon y se puso á llorar. Pero la noche avanzaba, y su terror crecia á medida que las sombras

iban invadiendo aquella habitación desierta. Quiso gritar, llamando una vez más á su madre, y tuvo miedo de su propia voz, que resonaba sin eco en los muros desnudos del cuarto. Por fin, lleno de espanto, bajó precipitadamente la escalera, como si fuera perseguido por los fantasmas que su imaginación le hacía ver en todas partes, y salió á la calle.

Uno de sus pequeños camaradas, que pasaba en aquel momento, lo detuvo.

—¿A dónde vas, Pedro? le preguntó.

—No encuentro á mamá, le dijo este. ¿Dónde está?

—Se la han llevado hace poco en la carreta con tu hermanita..... yo estaba cuando las han puesto en ella, porque había venido para avisar al hombre que fuera á recoger á mi abuelo.....

Pedro no comprendió mas que una cosa..... que estaba sólo. ¿Acaso puede comprenderse la muerte á esa edad? Pero, sólo..... sólo..... y la noche era cada vez más oscura..... Rompió á sollozar de nuevo amargamente, y siguió junto á las casas á lo largo de la calle, que alumbraban apenas de trecho en trecho algunos faroles, cuyos cristales aparecían empañados por el humo y el frío.

A pocos pasos de allí se veía un antiguo convento transformado en cuartel. Muchas veces se había detenido Pedro delante de la gran puerta abierta, para contemplar, lleno de admiración, los soldados que hacían el ejercicio en el pátio. Maquinalmente, pues, se paró al llegar á ella. La puerta no estaba todavía cerrada: el centinela, con el fusil al brazo, iba de uno á otro lado, con paso monótono y perezoso.... Pedro se sintió

cerca de él, menos sólo, se apoyó en el guardacanton y continuó llorando.

—Eh, pequeño, ¿qué haces tú ahí? le preguntó el soldado.

—¡Oh! dejadme estar aquí, le contestó el niño; no hay nadie en mi casa, todos se han muerto y tengo miedo de estar solo.

El centinela adivinó sin duda el drama terrible que había herido á Pedro, y llamó al sargento que mandaba la guardia.

El sargento Frank acudió á seguida; el soldado le puso al corriente de lo que pasaba en dos palabras, y á su vez el viejo sargento se dirigió al niño.

Pedro le contó llorando la muerte de sus padres y de sus hermanos... Frank lo escuchaba silencioso: su corazón latía mas de prisa que de ordinario: pero apretaba los dientes para conservar en lo posible la imposibilidad de su fisonomía.

—Y no tendrás miedo con nosotros? preguntó al fin.

—No, dijo Pedro.

—Pues bien vente conmigo. ¿Tienes hambre?

—Sí, mucha hambre, contestó el niño.

Frank mandó á buscar pan, manteca y café á la cantina. Pedro comió, y después Frank le hizo su camita con un capote viejo de soldado sobre las tablas del cuerpo de guardia. Allí se acostó Pedro; Frank lo arropó cuidadosamente y el niño se durmió.

Frank lo contemplaba mientras dormía.

—Sí, á fé mia.... ¡es un lindo muchacho! pensaba.

Luego se sentó junto á una mesa, lle-
 nó su pipa y se quedó pensativo.

Al amanecer, mi padre, que estaba de
 servicio aquella semana, fué á recorrer
 las guardias.

—¿Hay algo de nuevo, sargento? pre-
 guntó á Franck al entrar.

Nada, mi capitán, respondió este, di-
 simulando muy mal su preocupacion.

Pero cuando mi padre, despues de he-
 cha la inspeccion, se disponia á salir,
 Franck lo detuvo. Señaló con el dedo al
 niño que dormía aun, rendido por la fa-
 tiga y las lágrimas del dia anterior, y le
 refirió su triste historia. Luego los dos
 se pusieron á pasear por el pátio del
 cuartel: Franck, alegre, animado, con la
 mirada brillante; mi padre, mas grave,
 pensativo, objetando algunas veces....
 pero Franck contestaba á todo mas y
 mas decidido cada vez. Por último los
 dos se detuvieron, el uno frenie al otro,
 y despues de una postrera advertencia
 de mi padre, Franck exclamó:

—Ya he pensado en ello, mi capitán;
 ¡no, jamás!... ¡las mujeres!... ¡Bah! no
 vale la pena de pensar en ellas.... ¡pero
 los niños!... Si lo permitís es cosa he-
 cha.

—Franck, le dijo mi padre, estrechan-
 do con efusion la mano del viejo sargen-
 to; ¡sois un gran corazón!...

—Gracias, mi capitán, le contestó éste;
 vuestras palabras me hacen mucho bien.

Un cuarto de ora más tarde el peque-
 ño Pedro, despertado, vestido, lavado y
 peinado por Franck estaba á caballo
 sobre las rodillas del viejo sargento.
 María, la cantinera, componia entre tan-

to lo mejor que le era posible la blusita
 del niño, rota por todas partes.

—Pedro le dijo Franck; ¿quieres que-
 darte conmigo?

—Sí, dijo el niño; seré muy juicioso.
 Escucha, añadió el argento; tu padre
 ha muerto, tu madre ha muerto, y todos
 tus hermanos tambien; estás solo....
 ¿quieres que sea yo tu padre?...

—¡Oh! si, si, exclamó Pedro.

—Me querrás mucho?

El niño echó los brazos al cuello del
 sargento.

—¡Así, así, tú serás mi hijo! ¿no es
 verdad? dijo el viejo Franck, y á la vez
 dió dos grandes besos en la carita del
 niño, humedeciendo sus mejillas sonro-
 sadas las lágrimas que corrian hasta los
 ásperos y canos bigotes del honrado sar-
 gento.

Aqueila misma mañana Pedro fué pre-
 sentado á todos los sargentos del bata-
 llon por Franck su padre.

En adelante era ya el hijo adoptivo de
 la compañía de cazadores del primer ba-
 tallon del 10.º de línea.

Desde aquel dia el viejo sargento se
 consagró enteramente á la educacion de
 su hijo adoptivo. Dejó de jurar por temor
 de que este adquiriese la misma costum-
 bre, y él, que hacia mas de veinte años
 no habia puesto el pié en la iglesia, lo
 llevaba todos los domingos á misa y re-
 pasaba el Catecismo para preparar á Pe-
 dro á recibir su primera comunión.

La víspera del gran dia, Franck pro-
 fundamente conmovido, despues de acos-
 tar á Pedro puso en una silla, junto al
 lecho del niño, el traje nuevo que este

debía ponerse la mañana siguiente; y un poco más lejos su capote de gala, su schakó, su sable.... Todo limpio, brillante, espléndido, como la vispera de un día de revista general. Cuando todo estuvo dispuesto, Franck se puso el kepis, abrochó su levita é hizo una larga escursión por la villa.

El último toque sonaba cuando volvió al cuartel. Al entrar se fué derecho á su cuartito: los camaradas estaban aun en la cantina; Pedro dormía.... Franck lo contempló largo rato; después, cayendo de rodillas junto á la camita del niño, se puso á llorar y á rezar... sí, á rezar. Se sentía muy feliz en aquel momento, ¡y la felicidad hace correr lágrimas tan dulces!.... Pedro iba á hacer su primera comunión al día siguiente; y Franck debía acercarse por fin con él á la sagrada mesa, de que había estado alejado más de veintidos años. Hacía un momento que el capellán, después de terminar su confesión, lo había abrazado y le había dicho:

—Franck, el pequeño Pedro es el que os vuelve á Dios, y Dios os bendecirá sin duda en el pequeño Pedro.

La mañana siguiente se veían en la capilla militar, arrodillados delante del altar en que el capellán celebraba el sacrificio de la misa, tres niños de tropa. Detrás de ellos, Franck, ostentando sus galones de oro, y á su lado un profesor de la escuela del regimiento. Luego, algo más lejos, algunas almas piadosas, que atraídas por aquel espectáculo insólito se habían acercado á ellos.

A la comunión, los tres niños, marchando al paso, con la cabeza levantada,

pero con los ojos bajos, se adelantaron á un tiempo hácia el altar, con las manos cruzadas humildemente sobre el pecho.

Franck se desabrochó el cinturón y dejó el sable en el suelo; y, cuando los niños volvían á su puesto, se adelantó á su vez, recto y erguido, como en una gran parada, pero grave y conmovido, á recibir á su Dios.

Yo había visto muchas veces á Pedro los días de revista, cuando vestido con el uniforme del regimiento seguía, dando grandes pasos, á la compañía de cazadores. ¡Hacia un soldado tan lindo!.... Cuando yo no trabajaba, lo que era muy frecuente en mí por desgracia, mi padre me lo proponía por modelo para avergonzarme.

Aquel día Franck vino á presentarnos á su hijo. Mamá lo abrazó conmovida, porque conocía toda su historia; yo lo abracé después de ella, y pasó dos horas largas jugando en casa. Pero por entonces precisamente comenzó para mí la vida de colegio: no estaba en casa sino durante los pocos días que teníamos de vacaciones; y esto, y los cambios de cuerpo y de guardación de mi padre, me hicieron perder por completo de vista al sargento Franck y al pequeño Pedro.

II

En 186... era yo sacerdote, y acababa de ser agregado al colegio de... como regente de una clase de gramática. El día mismo en que comenzaron los estudios, me paseaba yo, con uno de mis alumnos, por el jardín del colegio, cuando vimos cruzar cerca de nosotros un anciano con cabellos blancos, que § mi-

naba firme y derecho todavía, á pesar de sus años: llevaba debajo del brazo izquierdo, dos floretes, atados con las correas de un guante de esgrima. Me saludó cortesmente, contesté á su saludo, y pasó. Yo pregunté entonces al alumno, como se llamaba el profesor de esgrima del colegio; porque era él quien acababa de saludarnos.

—Monsieur Franck; me respondió el alumno.

—Franck! exclamé yo. Y me volví, para verlo mejor, tratando de orientarme en medio de los mil vagos recuerdos que me asaltaban de pronto, despues de veinte años de olvido.

Ví al maestro de armas detenerse un momento, á saludar á uno de mis colegas, cambiar con él algunas palabras y venir luego corriendo hácia mí.

—Padre mio, me dijo, yo he servido hace veinte años en el 10.º de línea á las órdenes del capitán...

—Era mi padre.

—Ah! el sargento Franck, no es así?

Cogió mis dos manos, que estrechó largo tiempo entre las suyas con verdadera efusion... los recuerdos se agolpaban á su imaginacion, como á la mia, atropelladamente, sin orden...

—Y el pequeño Pedro?

—Oh! el pequeño Pedro!... ha hecho su carrera... es ya teniente, hace seis meses...

Me despedí de mi alumno, pasé el brazo por el brazo del viejo Franck, y nos paseamos largo tiempo por el patio de cristales del colegio.

El pequeño Pedro, había continuado asistiendo á la escuela del regimiento: á

la edad reglamentaria se había hecho soldado. Terminada su educacion militar, había vuelto á asistir nuevamente á la escuela, y había seguido los cursos superiores; y, una vez aprobados éstos, había logrado ingresar en la escuela militar. Desde entonces se hallaba separado de Franck Este, por su parte, concluido el tiempo del servicio, había pedido el retiro, y se había fijado en uno de los arrabales de la ciudad de Q... Allí daba lecciones de sable y de florete, ganando lo suficiente para atender á sus necesidades, que eran muy modestas. Veintitres años tenia Pedro al salir de la Escuela Militar, con el despacho de subteniente. Seis años despues llegaba á casa de Franck, con el nombramiento de teniente, á pedirle su bendicion para casarse...

—Franck dije yo, me acuerdo, como si ahora mismo lo viera, de la primera comunión de Pedro. Aquel día vino á jugar conmigo: vos comulgasteis con él; lo que no habias hecho en mucho tiempo, segun creo....

—Ah! si... pero ya no he dejado de hacerlo desde entonces! Mirad, ahora que sois sacerdote puedo deciroslo todo: mañana os enseñaré mi libro de caja....

(Se continuará.)

R. P. VICTOR VAN TRICH, S. J.

